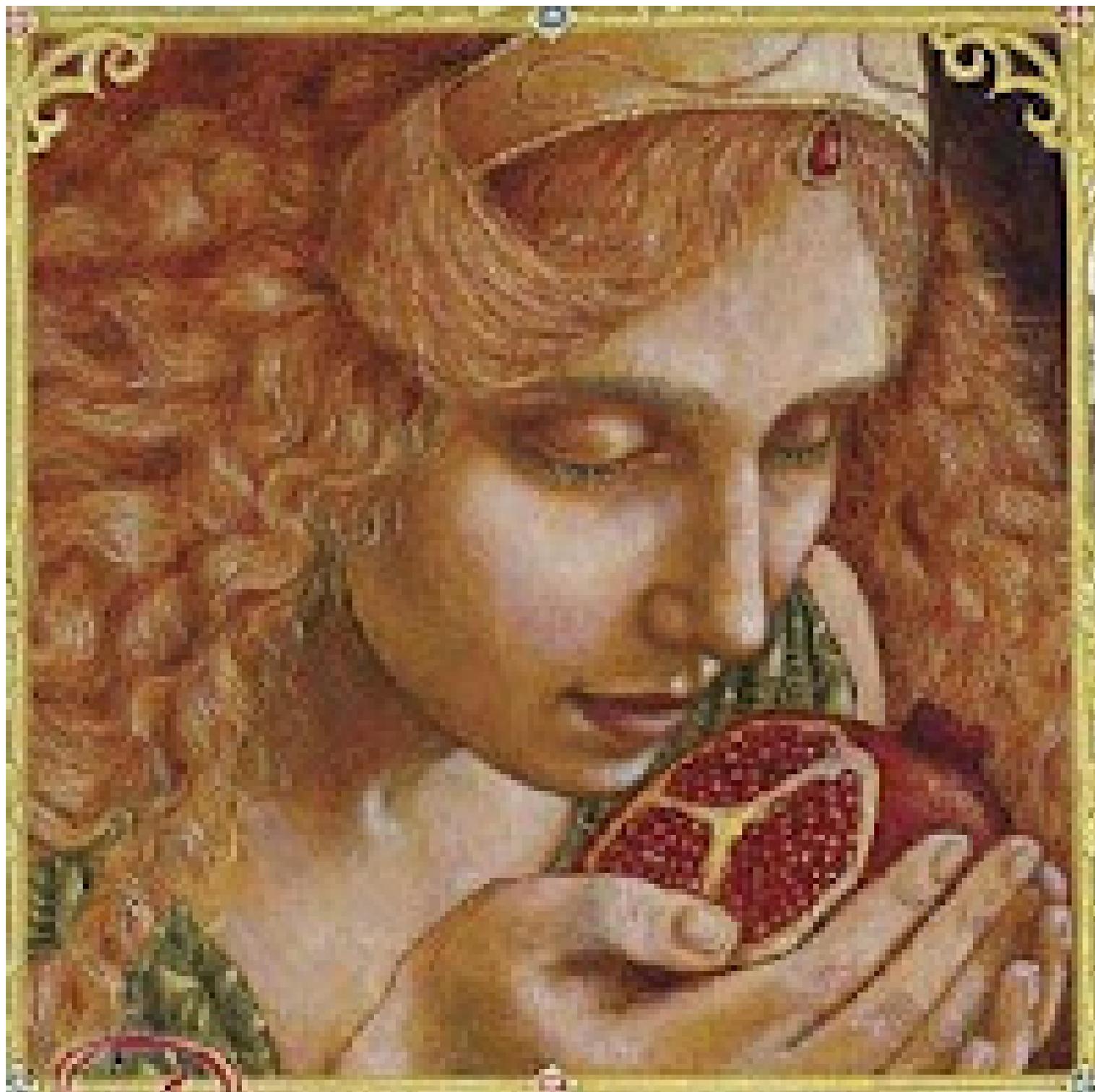


He visto a Perséfone.

Barri K. Jones



Capítulo 1

Cuando le clavarón el puñal, al principio, el soldado no sintió nada, pero, después, una oleada de penetrante que le recorrió todo el cuerpo como un veneno nocivo. Mientras caía, a su alrededor escuchaba los gritos de furia o dolor de todos los hombres vestidos con armadura que estaban tan absortos en sobrevivir ellos que ni siquiera se daban cuenta de que uno hacía caído o quién era. Ya no sabía distinguir entre compañeros o enemigos; los caballos relinchaban, aterrorizados por el centelleante filo de las espadas y el río de sangre que inundaba el lugar. La guerra de Troya había durado años, los suficientes para que ese soldado perdiera la cuenta (vamos, más de cinco) y él había tenido que vivir cosas, las suficientes para que estuviera al borde de la locura.

Todo quedó sumido en la más profunda penumbra, donde reinaba el silencio más absoluto y una calma que resaltaba por el contraste con el bullicio de la batalla. Era como estar cayendo lentamente a un pozo de oscuridad. El soldado no sentía nada, no veía nada que no fuera la más profunda y monótona oscuridad ni escuchaba algo que no el más absoluto silencio. No podía distinguir un minuto o un segundo de una hora.

Entonces una luz rojiza fue apareciendo ante él lentamente, pero primero siendo nada más que un diminuto punto, después convirtiéndose en un hueco enorme que se ensanchaba lentamente, como si estuviera saliendo de un túnel, entonces, ese círculo de luz no pudo ensancharse más y llegó a un punto en el que la luz rojiza lo ocupaba todo y el hombre empezó a distinguir en su superficie sombras que vagaban de un lado a otro, todas borrosas e irreconocibles, salvo una. Era la única silueta que no estaba en continuo movimiento, sino que se mantenía quieta frente a él. Poco a poco, esa figura se fue haciendo más nítida que las otras hasta que sus rasgos se pudieron distinguir a la perfección.

Tenía el pelo de color castaño, tan oscuro que, de no ser por su brillo cobrizo, parecía negro, y estaba recogido en una trenza que no llegaba unos centímetros más allá de su cuello y una tiara de oro decorada con piedras preciosas de mil colores. Sus ojos eran grandes y de color turquesa, de manera que contrastaban enormemente con el fondo rojo y negro. Iba vestida con una túnica blanca que parecía recién lavada y estaba ceñida a la cintura con unas resistentes ramas decoradas con diminutas flores de color violeta, rosa y blanco. Sus sandalias parecían hechas de gruesas ramas entrelazadas y tenía la piel de color caramelo.

Sus labios, pintados del rojo más fuerte que puede haber existido, se movieron lentamente. Él no oía lo que ella estaba diciendo, por mucho que se esforzara. Sin embargo, cuando pasaron unos segundos, todo se tornó borroso de nuevo para después volver a quedar sumido en la más absoluta penumbra. Cuando abrió los ojos, el soldado se encontraba

tumbado sobre una camilla, con varios de sus compañeros a su alrededor. Ellos le explicaron que se había quedado estupefactos al descubrir de casualidad que él seguía respirando, así que había decidido no abandonarla y ver lo que sucedía. Después, cuando ellos le preguntaron qué le había pasado, él les respondió, pálido como la cera:

-He estado en el Hades y he regresado. He visto a Perséfone, y tengo la sensación de que ella me ha devuelto a la vida.

La noticia quedó entre esos soldados, hasta hoy.